



*Serie bicicletas,  
Blanco y negro  
pintada a mano,  
1978.*

# Manos arriba

Eduardo  
Escobar

Todos pensamos que esas cosas les pasan a los otros, y medramos al amparo de una invulnerabilidad ilusoria hasta el día cuando la rutina se rompe, el desorden nos toca con su pezuña, y nos alcanza a traición la ponzoña de la normalidad quebradiza de una nación desmadrada, donde es difícil hallar una familia que no cuente un secuestro, un muerto de bala perdida, una violación. O un atraco a mano armada. La fecha me llegó una mañana de junio. El cielo se había descargado a gusto por la noche en un gran aguacero y la tierra húmeda perfumaba. Había trabajado hasta el amanecer con buen fruto en un cuento sucio donde vuelvo a narrar la historia de Daniel Escobar, un pariente mío remoto que masacró en Envigado con un hacha de leñatero a unos tíos, sus primos y las sirvientas, una noche de luna de diciembre de 1873. Mi terrible antecedente perdonó a los niños de la casa de El Aguacatal. Esto indica que los Escobar no carecemos de corazón.

Después de un buen trabajo, iba a premiarme con una mañana de reposo. Me sentía un Shakespeare después de diez páginas de un buen principio para mi cuento. No tenía motivos para sospechar que tres diablitos estaban cocinando a mis espaldas una mala sopa que me darían a tomar más tarde, porque eso eran, tres diablitos, tres campesinos menores de edad, esperando detrás de unos arbustos que me atreví a desbrozar cuando ya era tarde.

Debieron verme mientras colaba mi taza matinal de café amargo, encendí un cigarrillo y me eché en el sofá de la sala a oír el noticiero de la mañana, inconsciente de todo. El buen humor me ponía a salvo de toda adversidad, pagado de mí mismo, del poder expresivo de mi prosa. Ni siquiera las inmundicias del noticiero consiguieron avinagrarme la gloria de existir: las declaraciones de los políticos sorprendidos en flagrancia en algún puerco manipuleo y las protestas de dignidad de nuestros caballeros de industria.

El noticiero se despidió a las diez con una balada tonta después de unas cuñas tontas y me dispuse a preparar mi desayuno de siempre: un huevo tibio, la taza de cocoa, la galleta integral y el centímetro cuadrado de queso. Abrí la nevera en busca del huevo de rigor, pero la indolente había sido incapaz de idear uno en toda la noche mientras yo trabajaba para pagarle la energía. De modo que me encaminé al gallinero a cazar uno en el nidal. El mundo era puro esplendor y promesa cuando abrí la puerta de la casa. Una mirla improvisaba en la copa de un roble, los buganviles cabeceaban cargados de flores, había azucenas y lirios recién abiertos. Entre tantos aromas percibí el olor contrastante de la trementina. Supuse que los malditos perros habrían hecho un estrago en mi estudio de pintor vergonzante y bajé a comprobar el

desastre. En efecto hallé los frascos volcados. Y había sangre. Mucha sangre por todas partes, mezclada con la solución de caucho, el aceite de linaza y la trementina. Y había sangre en un overol, en el mesón, en el delantal colgado del clavo, en las baldosas amarillas del piso. Uno de los perros debía estar herido, pensé. Hasta que la huella de una mano en la pared me alarmó, la huella de una mano humana. Entonces los perros eran inocentes. Alguien me odiaba, me guardaba un rencor enorme para hacerme una estupidez así, esa pequeña canallada. Y había roto los vidrios de la ventana y se había cortado. La sangre olorosa a hierro se me pegaba a las pantuflas.

Me resigné a la agresión con tristeza. El carro seguía intacto bajo el árbol de mango donde lo había dejado, eso me tranquilizó. Y cavilando, seguí mi camino al gallinero entre balsaminas florecidas. Detrás de mí sentí pasos de animal grande. Los recuerdos son imprecisos ya, pero creo haber pensando en la yegua que a veces venía por la mañana en busca de la limosna de un pedazo de panela. Sin embargo, la tierna hipótesis equina se deshizo cuando gritaron detrás de mí: “Quieto malparido. O te mato”.

Me volví con lentitud e incredulidad. Frente a mí había tres pasamontañas oscuros mirándome sin ojos, tres cuerpos tensos como de tigres a punto de saltar sobre su presa. Al principio no me hice cargo y decidí que se trataba de una mala broma de amigos, y me esforcé por reconocer a los payasos bajo las capuchas de lana. El más alto me apuntaba con una escopeta negra y repetía: “Quieto malparido o te morís”. Los otros enarbolaban largos cuchillos de carnicero que rutilaron en la mañana.

Al recordarlo se experimenta una parálisis de pánico. Pero entonces uno queda reducido a un estado interior, muy interesante además, de neutralidad, aceptación y espera, parecido a la beatitud, y sabe que las equivocaciones no están permitidas. El más pequeño de los tres vino a mí con cortesía, apoyó el cuchillo en mi nuca hasta hacerme sentir la punta en la piel y me ordenó con amabilidad: “Tranquilo, cucho. No le va a pasar nada”. Lo de cucho me dolió. “Tranquilo, muchacho. Ustedes ganan”, dije. Y el cuchillo temblaba en la mano del pequeño energúmeno mientras yo caminaba por donde él decía. El de la escopeta daba saltos de mono delante de nosotros, apuntando el oscuro tubo premonitorio de todo y nada, del perdón, la supresión, la clemencia, la

cólera. A veces sembraba el cañón de la escopeta en mi coronilla empobrecida, a veces entre mis ojos. Seguro ya de que no era un chiste, de acuerdo con las costumbres nacionales temí que me llevaran de paseo, y me hice a la idea de que a partir de ese momento era otro secuestrado en un país de secuestrados y me resigné. Y compadecí en serio y en broma a mis captores por el chasco que se iban a llevar conmigo, engañados por los autos flamantes que traían mis amigos en sus visitas de los sábados. Me sentaron en un taburete de cuero en el estudio. Y me sentí confortado cuando empezaron a atarme con los cables de una lámpara inútil y unos pedazos de cabuya que había en una caja de cartón, pues con la leyendaria imprevisión de los colombianos los granujas habían olvidado llevar sus propias cuerdas para el rito. “Entonces, no iban a arrancarme de mi casa”, me dije, y el guión cambiaba por completo.

Cuando estuve bien inmovilizado en una red de nudos, el hombre de la escopeta se quejó tuteándome: “Por qué te demoraste tanto, hombre. Te estamos esperando hace horas”. Yo me disculpé con modestia. “Es que yo me acuesto tarde”, le dije. “Te trasnochaste escribiendo”, completó el malandrín. Era obvio que conocía mis hábitos.

Fue un hermoso momento a pesar de todo. Asumí la fatalidad del último día sin asco. De repente hallaba la solución al problema de mi destino. Mi vida estaba resuelta así. Y tuvo un sabor de milagro la conciencia del hecho misterioso de haber caminado desde el día de mi nacimiento hacia ese taburete, el último reservado por los hados, que me contenía desde cuando le pusieron el último clavo. El orden del mundo me pareció estrambótico y miserable pero lo acepté todo sin amargura. “Ésta es tu última mañana”, me dije, como si hablara con un conocido. “Ante ti está la nada vacía, mirándote burlona”.

Rogando que nada pasara que nos pusiera en peligro, ya que todos estábamos unidos en esa hora terrible en un equilibrio relativo, levanté la cara para calibrar mi situación y el hombre de la escopeta descargó el arma sobre mi cabeza. “Agáchese. Mierda. No me mire”, ordenó con aires de capitán. Saqué fuerzas para pedirle serenidad. Y él dijo que sólo querían el carro, y a mí me pareció bien, y hasta le aconsejé que no lo aceleraran demasiado para que encendiera porque el arranque estaba fallando. Agregué que las llaves estaban arriba en el nochero, y que debían apurarse porque en cinco

minutos llegaban la lavandera y mi vecino, pues íbamos a componer el agua de la acequia, y que el agregado había ido a comprar aspirinas al pueblo y estaba por volver. Mentiras pensadas a prisa, artimañas para que se largaran cuanto antes. Era todo lo que ambicionaba. Que se fueran. Y ellos se fueron. Y subieron a la casa a zancadas.

Alcancé a escuchar el ruido arriba. Abrían y cerraban cajones, tiraban cosas, forzaban los chirriantes armarios. “Dime con quien andas y te diré quién eres”, recordé el adagio repetido de mi madre como una iluminación y decidí que esos tipos no eran buena compañía. Mientras me envolvían en los alambres y las cabuyas, había tenido la sana precaución de esponjarme tanto como pude, como había visto hacer en las películas del oeste que alimentaron mi adolescencia, y me relajé y, como en las películas de la adolescencia, los lazos aflojaron, me los sacudí, dejé el taburete, y me dispuse a poner pies en polvorosa cuando tropecé a boquejarro con el escopetero, que era flaco y alto. Dijo con una determinación que me espantó: “Te soltates, hijueputa, te voy a volar los sesos”. Tuve la esperanza de que exagerara. Le sonreí con mi mejor sonrisa de idiota y me disculpé otra vez con modestia: “Yo pensé que te habías ido ya, tu amigo no hace bien los nudos, tan sólo tienes que amarrarme otra vez”, dije. Y él de un empujón me devolvió al taburete y el taburete tabureteó y los de los cuchillos llegaron corriendo, y, acezantes, corearon con los ojos muy abiertos que me iban a sacar las tripas. Me puse a lloriquear más como el bufón que de veras. “Tengo hijos”, clamé, “gente que quiero y me quiere y me necesita”. Mi tono debió apaciguarlos porque se miraron, levantaron los hombros, me amordazaron con cinta engomada hasta dejarme como una momia y volvieron a irse. Me sentí abrumado y ridículo.

Pasó un rato tranquilo. Al cabo, oí que intentaban encender el carro que no obedeció, el pobre motor de arranque chirrió en vano. Después sentí que lo estrellaban, y apuñalaban las llantas. Estas dejaron escapar el aire en un suspiro. Y entonces, sí, se alejaron riendo como pájaros por el campo y al apagarse el último eco de sus risas quedó un mundo más triste del que había cuando llegaron. Sentí un gran alivio. La muerte me perdonaba la vida por el momento.

Cuando conseguí liberarme otra vez, después de luchar con la cinta engomada, hice lo único que me pareció sensato. Gritar a todo pulmón lo que grita todo

el mundo en esas circunstancias. “Auxilio. Ladrones”. Me sentía desvalido temblando bajo el mango y gritando, pero no había más remedio que seguir. “Ladrones. Auxilio”. Mis vecinos comenzaron a llegar sin prisa, aproximándose con cautela entre las ramas, poniendo cara de *siquieranofueconmigo*. Me expresaron su compasión, me prepararon café, me consolaron. “Al fin y al cabo estás vivo”. “Al fin y al cabo estás vivo”. Era cierto. Estaba vivo. Pero dolido.

La casa estaba hecha un desastre cuando subí. Sobre todo me dolía el vacío de mis computadores llenos de cuentos, y recuentos, cosas en procesos, pero especialmente el principio de la historia de Daniel el Hachero que marchaba tan bien. Traté de justificar dentro de mí los hechos, pensando en la falta de educación de la gente, en la falta de trabajo, de salud y futuro, en todo eso que aspiran en vano a encubrir las inútiles palabras palaciegas del derecho a la vida y la defensa de la honra y los bienes de los ciudadanos. Me sentí muy desamparado y confuso.

Puse la denuncia por cumplir con el ritual inútil. El encargado de la estación de policía de la aldea me condujo donde el inspector. Y allí, en el escenario de archivadores, el techo desconchado que rezumaba el agua de la noche, me dijeron dos cosas: primero, que sabían quiénes eran. Y, segundo, que nada podían hacer porque la fiscalía los amarraba. Citaron la constitución del 91. Por milagro había papel en la oficina para registrar la denuncia, dijo el inspector. Y me rogó que hiciera el catálogo de las cosas perdidas.

Pasado el estupor queda una rabia sorda. La culpa por haberse dejado atrapar. “¿Por qué no tuve la precaución de mirar por la ventana antes de abrir la puerta?, ¿por qué no corrí?, ¿por qué no los enfrenté?” Pero más urgente que lamentarse era tratar de recuperar mis cosas por mí mismo, ya que la policía se declaraba maniatada por los fiscales, y los fiscales a veces están pagados por los hampones. Me entregué a mi propia investigación por las fondas veredales. Regué bolas falsas, conté el cuento mil veces, amenacé, gané simpatías, me hice amar y temer. Y dio resultado. El domingo siguiente, un joven pálido vino a mi casa con una carta, que me mandaba la pandilla, escrita en una hoja de cuaderno de escuela. Comenzaba diciendo: “La siguiente para presentarle sinceras disculpas por lo ocurrido en días pasados y aclarar algunos altercados por resolver”. Y cerraba con una cortesía: “no siendo más damos since-

ros agradecimientos por prestar atención a esta nota”. El hombre me invitó a acompañarlo a un recodo del camino, cerca de la casa, y, entre la hojarasca, estaban mis cosas. Mis computadores, el equipo de sonido con el disco de Cage en su compartimiento, y lo demás: mi chaqueta de cuero, mis botas de montar a caballo, empacadas en mis maletas.

Ocho días más tarde una tropa de policías se presentó en mi casa, armados. Venían a realizar la inspección ocular de rigor antes de la famosa investigación exhaustiva. Dijeron que luego iba a venir la fiscalía. Y un mes más tarde vinieron los fiscales con una máquina de escribir de los años sesenta cuyo carro se atascaba y había que dar un puño después de cada frase para que siguiera andando. Los funcionarios hicieron preguntas funcionales. Cómo tenían la nariz los agresores, cómo sonaban sus voces, cómo eran las capuchas, de qué color eran los zapatos. Antes de marcharse me pidieron que colaborara para la gasolina pues no tenían cómo volver a Zipaquirá. Yo sentí una gran compasión por ellos y por la justicia colombiana. Y me negué.

Todavía bajo la impresión de la pesadilla descubrí un libro, *El lenguaje de los pájaros*, del poeta persa Attar. Los ladrones lo habían dejado abierto sobre la mesa del comedor. Allí leí: “un divo te ha bloqueado el camino y te ha herido con la flecha de la frustración. Dile que ataque enseguida si debe hacerlo, ágil y diestro”. Y: “si conocieras los motivos secretos de los que odian la luz sin duda los excusarías”. Y juro que no miento.

Una semana más tarde mi mujer recogió en el camino a una viejecita. “Usted debe ser la esposa del escritor que atracaron”. Mi mujer le dijo que sí, que era. Y la vieja: “¿por qué será que la juventud ya no respeta la intelectualidad?”.

Siete meses después, u ocho o nueve, un hombre en una motocicleta acezante vino a buscarme con una cita de la fiscalía. Yo casi había olvidado el asunto, había recuperado mis cosas con mi propio trabajo, pero decidí ir por curiosidad. Y me dijeron: “Don Eduardo, lo hicimos venir para notificarle que no hemos podido saber nada del asunto que puso en nuestro conocimiento”, el funcionario calzó sus anteojos de carey y acercó la cara a un legajo, “por medio de la denuncia número tal y tal del día tal y tal”. Y yo le agradecí su interés. ■

*Eduardo Escobar* (Colombia)

Poeta, periodista y ensayista. Escribe columnas de opinión para el periódico *El Tiempo* y la *Revista Soho*.

## NUBES

Formaron cabezas de caballos,  
fueron ijares y escudos,  
una piedra que nos mira desde el fondo de un pozo.

Siguieron un camino trazado mucho antes,  
en una época en la que todo se decidía en un billar.

La iglesia gris que vio pasar estudiantes confusos  
sigue vacía,  
nunca sonó la campana en ella.

El atento salmodiar de los vendedores de pizza  
no ha molestado el lejano rumbo de las nubes.

Pero nuestro corazón no cede.

El curso de la eternidad se dirimió en esta oscura  
barraca,  
y así como arriba, abajo el día es de los navegantes  
que el cielo respetan,  
y, de vez en cuando, miran otra cosa, una lejana.

*Juan Felipe Robledo* (Colombia)